

A man with short brown hair, wearing a dark suit jacket, a light-colored shirt, and a dark tie, is looking down and adjusting his tie with his right hand. The background is dark and moody.

«Él es sexy,  
peligroso, y  
completamente  
adictivo... »

# CUANDO TE ENCONTRÉ

*Helena Pinén*

A Mara Duch la vida le sonrío: comparte piso con sus mejores amigas y empieza a hacerse un hueco entre las autoras de romántica del momento. Está acostumbrada a vivir los romances de sus protagonistas, por lo que su vida amorosa es tan tranquila... que prácticamente podría considerarse nula.

Hasta que aparece Carter Andrews, un americano guapo, que emana poder y peligro, y que pondrá su mundo del revés.

Lo que podría ser una sencilla historia de amor entre una escritora y un empresario extranjero, se convertirá en una intensa montaña rusa emocional a causa de la cicatriz que cruza el rostro de Carter, y cuyo origen está envuelto en un sinfín de secretos que amenazan con separarles.

¿Podrá el pasado de Carter impedirle a Mara escribir su propio final feliz?

## Índice de contenido

Cubierta

Cuando te encontré

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Agradecimientos

Sobre la autora

*Para todos los que habéis creído en mí*

# 1

Encandilada, observaba a la gente bailar. Desde donde estaba, parecían una masa de cuerpos que vestían colores chillones y que se entremezclaban de tal forma que parecían una sola persona, que bailaba al mismo son. Cada uno de ellos tenía su propia historia, cada esquirla de su corazón tenía algo que contar y ella no podía descubrir ninguno de sus secretos, ni siquiera llegar a imaginarlos.

La camarera, que llevaba un vestido dorado demasiado corto, le sonrió y le tendió la copa que había pedido pocos minutos atrás. Le dio un sorbo a la bebida y volvió a mirar hacia abajo, hacia la pista de baile, empapándose de esa etílica, luminosa y ruidosa imagen.

Llevaba dos semanas de locos: Mara había recorrido los rincones más bonitos de Madrid para ambientar su siguiente novela y había pasado las tardes en museos y bibliotecas, fotografiando, admirando, copiando y memorizando posible información que creía que podría usar en su siguiente historia.

A ella no le servía de nada leer y estudiar lo que quería plasmar en sus novelas desde su caro y nuevo ordenador, cómodamente desde su dúplex. Le gustaba conocer de primera mano su fuente de información y ceñirse a la realidad.

Y en esos momentos estaba ahí, viviendo una última noche de fiesta antes de volver a casa, a Barcelona. No estaba ahí por diversión; si estuviese dispuesta a pasárselo bien, Mara estaría desgastando los tacones ahí abajo, moviéndolo-

se sensualmente entre un montón de gente, disfrutando de la música.

Estaba ahí porque aquella era la nueva discoteca de moda de Madrid y el dueño era un amigo de su mejor amiga. Ese lugar era hipnótico, mágico; tenía algo que Mara sabía que podía explotar en su siguiente novela.

—¿Cansada?

Mara se volvió hacia Alfredo, el amigo de Luc, que le había dado una entrada VIP para su nuevo club. No había tenido que pagar nada, ni siquiera la bebida que la camarera le había servido. Tenía barra libre gracias a la amabilidad de aquel hombre de ojos grises, que lucía una pajarita de color amarillo chillón, con piñas lilas estampadas en ella.

—La verdad es que un poco. Hoy he madrugado mucho —gritó para hacerse oír por encima de la música.

—Ay, querida, la locura se acabó. Ya no habrá más madrugones, ni cenarás comida rápida para visitar los sitios más bonitos y emblemáticos de la ciudad.

Levantó su copa para detenerlo. Lo había planteado como si estuviera viviendo una tortura y, aunque Mara tenía que admitir que aquel ritmo de vida la agotaba, estaba encantada con ello.

Estaba viviendo un sueño.

—Puede que sea agotador pero, por ahora, no me quejo —y le sonrió—. Me encanta este lugar, Alfredo. Es exquisito. ¡Ten seguro que volveré!

—Y yo estaré encantado de abrirte las puertas de nuevo —le dio un rápido y tierno abrazo, que tomó por sorpresa a Mara. No conocía de nada a ese hombre hasta que se había plantado en su hotel para invitarla a cenar antes de llevarla al club. Pero era un encanto y a Mara le había caído bien desde el principio—. Y dile a Luc que venga contigo la próxima vez —Alfredo le guiñó un ojo—. Trabaja demasiado. ¡Y tú también!

Sí, era cierto que últimamente Mara no había parado quieta, sobre todo esas dos últimas semanas, pero iba a to-

mar un vuelo al día siguiente, después de una entrevista en la televisión.

Pronto estaría en casa.

Mara sonrió y se despidió de Alfredo, que quería supervisar las dos barras que había en el piso inferior.

Volvió a mirar a la gente que bailaba en la pista, ajena a su inspección. Ninguno de ellos sabía que estaba siendo la fuente de inspiración de una aprendiz de escritora que estaba cumpliendo un sueño.

Llevaba desde los quince años luchando por hacerse un hueco en el mundo de la literatura y lo estaba consiguiendo. Empezaba a ser una escritora conocida, a pesar de tener simplemente veintitrés años.

*Podía.*

—¿Bailas? —una voz masculina le gritó al oído y Mara se giró para mirar al hombre que se había colocado a su espalda.

—No.

No lo había rechazado porque no fuera su tipo, a pesar de ser bastante guapo, sino porque apestaba a alcohol.

Una hora más tarde, cuando sus pies ya no soportaban los altos tacones, bajó y esquivó a la gente que la atraía hacia la pista de baile, como si fuera una oveja perdida que necesitaba regresar al redil. Todo eran brazos y cabelleras que se volvían de distintos colores, según la luz.

Uno de los de seguridad la vio y salió de detrás de la barra, donde estaba en guardia, vigilándolo todo con ojos de águila. La guio hasta el despacho del jefe. Alfredo no estaba reunido, pero estaba mirando fijamente los monitores que reflejaban todo lo que ocurría en la discoteca. Quería cerciorarse de que todo estaba en orden.

—Alfredo, va siendo hora de que me marche —le dijo con una gran sonrisa.

—¿Estás segura? Hasta las diez no tienes la entrevista y sabes que el maquillaje hace milagros.

—Lo sé. Pero ya es tarde.

Su anfitrión y nuevo amigo se levantó, lleno de cortesía, deshaciéndose en sonrisas. La abrazó de nuevo, esta vez más efusivamente.

—Estoy muy contento de haberte conocido, Mara. Si vuelves a Madrid, llámame y te llevaré a cenar.

—Si hay próxima vez, deja que invite yo —le pidió la mujer mientras se dejaba arreglar el pelo.

—Ni hablar —Alfredo abrió un armario y sacó su chaqueta de cuero marrón y su enorme bolso, que había guardado toda la noche para darle total libertad por su discoteca—. Aunque puede que me lo replantee si me firmas alguno de tus libros.

—Cuenta con ello —rio Mara, siendo ella ahora quien le daba un buen achuchón—. Gracias por todo: por la cena y por dejarme estar aquí esta noche.

—Me apena que no pudieras venir a la inauguración, pero más vale tarde que nunca. Siempre serás bienvenida a mi club —le aseguró, dándole un suave beso en los labios, que no ofendió a la escritora y que tampoco pareció tomar por sorpresa al guapo y joven guardia de seguridad, que la esperaba en silencio junto a la puerta entreabierta.

—Gracias.

—Por cierto —la suave y cantarina voz de Alfredo la detuvo cuando ya tenía un pie al otro lado del umbral—. Fuera te espera una última sorpresa. Es una forma de decirte que me caes bien y que ya te considero mi amiga. Y a las amigas... se las protege.

Confundida por sus palabras, y a la par agradecida, Mara le sonrió.

Siguió al de seguridad por todo el club. La guiaba y la protegía con su cuerpo de la gente, que ya iba lo suficiente borracha como para osar acercarse a él y provocarlo con insultos y comentarios obscenos. La otra cara de la moneda de salir de fiesta, un lado un oscuro que Mara odiaba reflejar en sus novelas, pero que sabía que no podía ignorar y obviar.

El mundo no era perfecto, y esconder la oscuridad que había en él no era algo que a Mara le gustara, porque, pese a ser soñadora e idealista, sabía que la maldad estaba ahí, presente en cada esquina. Acechando. Ignorarla era un suicidio.

—Señorita —el de seguridad le abrió una de las pesadas puertas dobles que daba a la calle.

—Gracias —Mara salió y lanzó un gemido—. ¿Eso es...?

—Está aquí por usted. El señor quiere que llegue sana y salva al hotel, señorita, y un taxi no es lo suficientemente cómodo —el hombre sonrió por primera vez y abrió la puerta de la limusina que estaba esperándola. Mara no sabía si estaba más embobada por lo atractivo que resultaba aquel chico bajo la luz de las farolas... o porque aquel lujo de limusina era todo un detalle por parte de Alfredo—. Y esta es la manera de asegurarse de que todo va bien.

—Pero...

—Le comunicaré que está muy agradecida, no se preocupe.

—No, prefiero darle las gracias a mi manera —dijo.

Su bolso era grandioso. No era idóneo para un club nocturno. Por eso Alfredo se lo había custodiado mientras Mara merodeaba por la discoteca. Pero le iba fenomenal para ir cargada a todos lados con lo indispensable.

Levantó la cabeza con un ejemplar de su último libro en la mano.

—¿Tiene un bolígrafo?

El de seguridad parpadeó, al principio bastante confuso. Asintió. Del bolsillo trasero del pantalón negro sacó un bolígrafo, también negro. Cómo no.

Mara escribió una dedicatoria rápida pero muy sentida a Alfredo, para luego tenderle el libro al hombre que tenía delante.

—¿Puede entregárselo?

—Por supuesto —él volvió a sonreír, cogiendo la novela con sus grandes y tatuadas manos.

El pecho de Mara se llenó del habitual orgullo que la invadía siempre que veía que había logrado publicar sus libros.

—Ahora que sé que es usted quien escribe estos libros, creo que iré a comprarme un par. Me ayudará a descubrirla.

Mara casi rio, sorprendida.

—¿A mí?

—Sí, señorita Duch —cuando levantó sus ojos oscuros de la portada para hundirlos en Mara, esta notó que se sonrojaba—. Mi madre me dijo que los escritores plasman algo de sí mismos en sus novelas. Creo que usted también ha dejado un pedacito de su corazón encerrado en estas páginas —meneó el libro como si fuera un abanico—. Solo con leer el título sé que es usted soñadora, romántica y risueña.

Mara carraspeó y se rascó detrás de la oreja, algo incómoda. Nunca pensó que sus libros reflejasen tanto de sí misma, pero parecía ser que ese guapo agente de seguridad la había calado a la perfección en apenas un segundo.

—Esto... —no sabía qué decir.

—Me llamo Héctor —se presentó al fin él, y le tendió una mano—. Oye, Mara... si alguna vez vuelves por Madrid, espero tener un ejemplar para que me lo... dediques. Y... quizás, si quieres, ¿eh? —titubeó—. ¿Una copa?

—Puede ser —respondió, recordando cómo se flirteaba.

Ah, la Mara coqueta y seductora había estado mucho tiempo escondida, si bien parecía que estaba asomando la cabecita de nuevo.

Él la recompensó con otra de sus radiantes sonrisas y le señaló con la mano la puerta abierta de la limusina. Mara volvió a ruborizarse, pero aceptó su mano para entrar dentro del largo y pomposo vehículo.

¿Quién iba a imaginar que alguien de aspecto tan rudo y peligroso iba a ser tan caballeroso?

—Hasta otra, Héctor.

—Buenas noches, señorita Duch.

Héctor cerró la puerta, no sin antes despedirse con un seductor guiño.

La limusina se puso en marcha con suavidad y Mara observó el lujo que la rodeaba. Los asientos eran muy cómodos y las luces del techo estaban reguladas para tenerla sumida en una placentera penumbra. Era genial para relajarse.

Cerró los ojos y dejó que la suave música que salía de los altavoces la transportase a un mundo laxo y tranquilo, aunque todavía tenía algo de excitación recorriéndole las piernas.

Héctor era guapo y agradable... y muy fuerte, los músculos contra la fina tela habían nublado sus sentidos. Unos segundos, diría en su defensa. Y los tatuajes, añadió Mara para sí, que adornaban sus manos y sus brazos, le quedaban estupendamente. Realmente parecía interesado en ella.

Después de varios minutos de trayecto, la limusina se detuvo frente al hotel en el que estaba alojada. Había dormido en hoteles de tres estrellas todo el tiempo, pero esa noche le tocaba pasar la noche en uno de los caros. Un hotel de cinco estrellas. Si quería que el protagonista masculino fuese multimillonario, no solo tenía que pisar los clubs más exclusivos de la ciudad, como el de Alfredo, también necesitaba saber si ese hotel le convenía. Y más le valía, porque aquella era su última noche y no tenía tiempo, ni dinero, para buscar otro hotel tan pomposo en la ciudad.

El chófer le abrió la puerta y le sonrió antes de desearle buenas noches.

Meneó la cabeza, intentando despejársela de todo el ruido que se había colado en su mente en el club de Alfredo, y entró en el majestuoso edificio.

Cuando esa tarde había entrado al hotel para registrarse, no había podido evitar sentirse fuera de lugar, ahí plantada, embelesada, observando la belleza y el lujo que se desplegaba ante ella con tanto encanto.

Saludó con la cabeza al recepcionista, que vestía elegantemente de rojo. Sin perder la sonrisa, entró en el ascensor, que a esas horas estaba totalmente desierto. Dio gracias al cielo de no haberse resbalado con el suelo encerado y brillante.

Intentó reprimir un bostezo; cuando las puertas del cubículo se cerraron, se apoyó en la pared de este y se atrevió a fantasear con la gran cama que la esperaba.

Tambaleándose, Mara salió al pasillo del piso donde estaba su habitación en cuanto el ascensor se detuvo en su planta. Al empezar a andar, hizo una mueca porque los tacones eran verdaderamente incómodos. Dolían, se le clavaban con fuerza en los talones y en los tobillos. Así que tras asegurarse de que no había nadie en el corredor, se los quitó.

Cuando llegó a su dormitorio, sus movimientos eran sistemáticos.

Dejar el bolso encima de la maleta. Poner a cargar el portátil y, en el enchufe de la mesita de noche, el teléfono. Lavarse los dientes. Ponerse el pijama. Doblar la ropa usada y ponerla en la bolsa que usaba para guardar la ropa sucia. Cerrar cortinas lo máximo posible y meterse en la cama. Programar el despertador en el teléfono y taparse con el cobertor.

Al día siguiente ya se encargaría de investigar cómo era el dormitorio, usar el lavabo y sus excentricidades... ah, y probaría el servicio de habitaciones.

Cayó rendida y se quedó dormida al instante. Sin embargo, para su desgracia, no soñó con un hombre de ojos grises cuyos brazos estaban exóticamente tatuados.

\* \* \*

A la mañana siguiente, cuando el despertador sonó, Mara maldijo sus insaciables ganas de conocer el mundo nocturno más exclusivo de la ciudad.

Finalmente apartó con los pies el cobertor mientras se removía y gruñía.

Se dio una rápida ducha de agua caliente que le sentó bastante bien, los chorros que le masajearon los hombros la dejaron como nueva.

Ahora ya pensaba con claridad, aunque un poco de café terminaría de despejarla.

Recogió sus cosas mientras esperaba al servicio de habitaciones. Había pedido un café con leche —cosa estúpida contando que la propia habitación tenía cafetera y tetera—, y una pasta de chocolate.

Sacó fotos de todo, porque su memoria no era tan buena y su cuaderno ya no tenía más páginas vacías. Incluso fotografió el imponente baño y las vistas de la calle desde la terraza que tenía el dormitorio. Bajó el móvil y observó, apoyada en la barandilla de cristal, el bullicio de la ciudad. Coches que iban y venían, gente andorreando, algunos charlando entre ellos, otros absortos en su mundo. ¿Dónde iban? ¿Quién llegaría tarde al trabajo? ¿Quién estaba en su día libre? ¿Qué música escuchaban en sus auriculares?

Sonrió y miró su reloj de pulsera de oro rosa, un carísimo regalo de su primo, al que no le iban mal las cosas y cuya cuenta bancaria era bastante envidiable.

Era el momento de desayunar o llegaría tarde a la entrevista. Entró en el dormitorio justo cuando llamaban a la puerta.

El café estaba delicioso si se comparaba con la mayoría de bebidas calientes de un bar normal y corriente. La pasta era casera; la textura y el sabor delataban que no era industrial y aquel detalle encantó a Mara, que estaría tentada de repetir aquel pequeño e inocente desayuno si no tuviera prisa.

Era fácil acostumbrarse a aquella vida, o eso decían; ahora comprendía por qué.

En cinco minutos, Mara bajó al vestíbulo y devolvió la llave.